

Carnuntum, capital de Pannonia

Las excavaciones llevadas a cabo en Austria y en Bélgica nos descubren a veces restos muy semejantes y, en algunos casos idénticos. Y es que, pese a la distancia que separa estos dos países, su historia en muchas ocasiones ha seguido los mismos avatares. Bajo la dirección de César, los romanos conquistaron la Galia, y durante el reinado de Augusto los ejércitos de Roma penetraron en Pannonia, en el valle del Danubio. El río era una fortaleza natural que los romanos no dejaron de fortificar, instalando a lo largo de su orilla derecha una serie de puestos o *stationes militares*. Uno de estos puestos fue instalado en la localidad celta de Vindobona.

En sus comienzos, no fue sino una fortaleza de pequeñas dimensiones, defendida por un millar de hombres. Más tarde los efectivos militares se elevaron hasta 6.000 legionarios. Hacia el año 50 de nuestra era Vindobona aparece defendida por un muro de seis metros de altura y tres de anchura. Al lado de este campamento romano se creó una pequeña aldea. Pero para los romanos Vindobona no pasaba de ser como el puesto clave o avanzadilla de la región: *statio et praesidium*. La capital y el centro principal de la Pannonia se encontraba a 30 Kms. de aquel puesto militar. Era Carnuntum, cuyas ruinas se alzan entre las actuales Deutsch-Altenburg y Petronell. Mientras que Carnuntum, tras un brillante papel en la historia, iba a caer en el olvido en el siglo V, Vindobona estaba destinada al más brillante esplendor, como es el que ha desempeñado en tantas ocasiones la capital de la actual nación austríaca.

Durante nuestra reciente visita a la antigua Vindobona hemos podido contemplar lo que queda de la antigua localidad celta y de la ciudadela y *municipium* romano. En realidad, es muy poco lo que se ha conservado, como suele ocurrir casi

siempre cuando una ciudad antigua ha sido habitada sin interrupción hasta nuestros días. Las exigencias urbanísticas de cada época han ido imponiendo sus modas, y en consecuencia lo antiguo ha ido dejando el paso a lo moderno. Después de la caída del Imperio romano, se pierde poco a poco el hilo de su historia. El nombre de Wenia aparece en un documento del año 881. Y a partir de esa fecha vuelve a figurar en la historia el nombre y la importancia de la antigua Vindobona.

De los pocos vestigios descubiertos en el subsuelo vienés, solamente dos testimonios se nos han conservado *in situ*, cuidadosamente guardados por cierto.

El más modesto es un lienzo de muro, situado bajo un cuartel de bomberos, junto a la Plaza «Am Hof». Los curiosos pueden visitar una bodega muy bien entretenida. Lo que allí hemos podido ver es muy poco: el muro antiguo ha sido recubierto con una fila de las típicas tejas romanas: *tegulae*. Algunas ostentan la marca de la *XIII legio*, que estuvo acampada en Vindobona. Un registro de alcantarilla, algunas vasijas de barro y unos planos explicativos del lugar completan el conjunto arqueológico de la Plaza «Am Hof».

Por los sótanos de un inmueble del Hoher Markt se penetra en un subterráneo amueblado, bajo la plaza pública, donde se han conservado restos, de bastante importancia, de dos casas. Se trata de viviendas de oficiales, situadas a lo largo de la calle principal, que atravesaba el campo de Este a Oeste. Eran casas de grandes dimensiones —de unos 40 metros por 40— y estaban provistas de calefacción central típicamente romana: el hypocausto.

Los arqueólogos que han estudiado estos restos, durante las campañas de 1948-1949 y 1959-1961, han reconocido cuatro fases de construcción. La primera data del Emperador Trajano —de hacia el año 100 de nuestra era— y la última parece ser obra de los Godos y de los Alanos, a los que Roma permitió se instalaran en Vindobona, con la condición de asegurar la guardia de las fronteras danubianas.

Un fragmento de altar, una estatuita de Minerva, muy hermosa, en mármol, y algunos otros objetos encontrados en los alrededores integran este conjunto, que se distingue, sobre todo, por los vestigios del hypocausto, que nos testimonian el

cuidado de confort que manifestaban los oficiales de la guarnición en sus viviendas.

Es de admirar la preocupación y el interés de los vieneses en conservar y amueblar estos preciosos restos de su pasado. Pero los amantes de la arqueología que vayan a Austria deberán ir, sin duda alguna, a Carnuntum. Notemos de pasada que fue Carnuntum la residencia del emperador Marco Aurelio durante sus guerras contra los Marcomanos y los Cuados, como nos dice Eutropio VIII. Y fue en esta región donde murió el mismo emperador el año 180.

Trece años más tarde, después del reinado del cruel Cómodo, en el campamento del campo de Carnuntum, los soldados de la XIV legión elevaron a Séptimo Severo a la púrpura imperial.

Carnuntum posee en su territorio el único vestigio romano de Austria, que se conserva a la vista desde la antigüedad. Se trata de la «Heidentor», arco masivo de ladrillos, resto de un monumento mucho más amplio en su origen, completamente desfigurado y que podría ser el arco de triunfo de Constantino II (337-361), a que se refiere Amiano Marcelino.

Más impresionantes y más sugestivas son las ruínas que se han ido descubriendo poco a poco, dentro de la aglomeración actual de Petronell, y que los servicios arqueológicos austríacos han instalado cuidadosamente a cielo cubierto. Cuatro son los sectores que nos impresionan principalmente: los dos anfiteatros, el palacio y los edificios civiles del *Spaziergarten*.

Carnuntum, puesto principal del sistema defensivo romano a lo largo del Danubio, en Pannonia, fue creado por la XV legión hacia el año 16 de nuestra era. Cuando este regimiento fue enviado a luchar en Palestina, años 62 al 71, fue sustituido por la X legión. Hacia el año 114, la XV legión se instaló definitivamente en Carnuntum, cuya defensa aseguró hasta finales de la dominación romana.

Al lado de la ciudad militar se extendió muy pronto una aglomeración civil que conoció un desarrollado paralelo. Su apogeo se coloca en el siglo II. Tal vez esta doble vida paralela nos explica la existencia de dos anfiteatros. El más grande, que podía dar cabida a 13.000 espectadores, estaba reservado a la población civil. Sus dimensiones, aunque en la actualidad

se hayan reducido a una eminencia elíptica delimitada por muros, presentan problemas acerca de su capacidad real.

El anfiteatro militar, previsto para 8.000 espectadores, tiene la ventaja de estar mejor conservado. Data probablemente de la segunda mitad del siglo II. Había sustituido a una plaza hecha de madera, construida unos cien años antes. Una inscripción señala que el anfiteatro se debió a la munificencia de un miembro del consejo municipal de Carnuntum, un ciudadano de origen sirio, llamado Cayo Domicio Esmaragdo. Se ha encontrado una estatua dedicada a Diana Némesis, cerca de la entrada, donde debía de haber un altar erigido en honor de dicha diosa. Esa estatua se encuentra en el Bad Deutsch Museum, de Carnuntum, instalado en la localidad cercana de Bad Deutsch-Altenburg.

Lo que los arqueólogos han llamado el «palacio» es un inmenso edificio, el mayor de todos los antiguos conocidos en Austria. Data, con toda probabilidad, más o menos de la misma época que el anfiteatro militar. Las piedras cuidadosamente labradas, los restos de pinturas murales, los hypocaustos, el espesor de los muros y las dimensiones del conjunto —104 por 143 metros— justifican este calificativo de «palacio», sin que en la actualidad podamos concretar el uso de este edificio, que no ha sido todavía excavado en su totalidad. El plano de dos construcciones interiores octogonales, separadas por una circular, puede dar que pensar que se trataba seguramente de algún lugar sagrado dentro del mismo palacio.

Ha sido excavada una amplia zona de habitaciones civiles, cuyos restos se pueden visitar. Sin tener el carácter grandioso de Pompeya ni de Glanum Livii, de que nos habla Plinio (III, 36), los restos de Carnuntum dan una idea clara de lo que debía de ser esta ciudad. Descubrimos calles enlosadas con grandes piedras llanas; un sistema de alcantarillas muy perfeccionado; la presencia de unos grandes baños públicos, dotados del inevitable y lujoso sistema de calefacción central. Todo ello nos demuestra que la manera romana de vida se había instalado muy firme en las orillas del Danubio, en el seno de una población muy mezclada sin duda, formada de colonos romanos y de indígenas, en la que no faltaban tampoco extranjeros venidos de los cuatro extremos del Imperio. Con todo, algunos indicios nos permiten pensar que, al lado

de ese estilo romano de importación, se perpetuó otro estilo de construcción local.

Los arqueólogos han descubierto la sucesión de tiendas estrechas a lo largo de una callejuela. La disposición del ángulo derecho de los corredores y las habitaciones revelan un «estilo pannoniano».

A excepción de un piso en mosaico, los objetos preciosos han sido puestos al abrigo, como es natural. Junto a las ruinas, encontramos las estelas de monumentos funerarios y un hermoso mosaico que representa a Orfeo en actitud de encantar a los animales. Pero hay que ir al Museo para descubrir las piezas más hermosas. Hemos de señalar que, a pesar de los años que se lleva trabajando, el centro de Carnuntum y, sobre todo, el foro no han sido descubiertos todavía.

Es admirable la riqueza del Museo. La sucesión de restos de un templo de Mitra, el dios oriental que durante casi dos siglos fue un rival peligroso para la religión cristiana, ocupa el piso llano. Descubrimos hermosos mosaicos, mármoles, joyas y una gran cantidad de objetos de uso corriente, a veces muy lujosos. Una serie de vasijas de cristal y de plata y de bronce llena las numerosas vitrinas del museo.

Los restos nos manifiestan que Carnuntum fue, sin lugar a duda, una ciudad activa y rica. A pesar de sus características particulares, presenta las constantes del urbanismo romano que podemos admirar en todos los países sometidos en otro tiempo a las leyes de Roma. Esta unidad excepcional ha jugado un papel determinante en el desarrollo de nuestra civilización. Los rescubrimientos arqueológicos austríacos, puestos a disposición de los sabios, permitirán sacar algunas lecciones que siguen teniendo su actualidad en nuestros días.

JOSÉ ORTALL